



Jezabel, Srta. TABERNER

MAGA.—Registra con la mano.

ANIC.—¿Que registre? ¿Y si el encantador ese ha metido aquí una serpiente de cascabel y me muerde en un dedo?

MAGA.—¡Cobarde! Así no podrás nunca salvar a la princesa.

ANIC.—¡Vaya; todo sea por la princesa! ¡Caramba! ¡Un panecillo! ¡Quién había de decirme que me había dormido sobre la fel ciudad sin saberlo!

MAGA.—¿Qué buscas ahora?

ANIC.—A ver si hay salchicha.

MAGA.—No hay más que el pan.

ANIC.—Pues ¡qué demonio! del lobo un pele.

MAGA.—¡Quieto! Desgraciado, ¿qué vas a hacer?

ANIC.—¿Qué! ¿Es veneno?

MAGA.—No.

ANIC.—Pues entonces voy a ver si está hecho a máquina.

MAGA.—¡Librate de morderlo jamás! Perdería la virtud al instante y no podrías salir de la miseria ni romper el encanto.

ANIC.—¡Ah! ¿De manera que la virtud de este panecillo está en que no se lo coma nadie?

MAGA.—Precisamente.

ANIC.—¡Al revés que los demás panecillos!

MAGA.—¡Tiempo tendrás de saciar el hambre! Con este talismán poderoso te obedecerán millares de seres invisibles, aporruándose a satisfacer todos tus deseos.

ANIC.—Pues no hay que dejarlo para más tarde. Panecillo misterioso, yo te mando que...

MAGA.—Espera. Antes es preciso jurar que pelearás con el nigromante enemigo y que estás dispuesto a afrontar todos los peligros para salvar a la princesa. ¿Lo juras?

ANIC.—¡Lo juro!

MAGA.—¡Genios del bien! El talismán ha recobrado su poder en manos de Aniceto Monsalve.

ANIC.—¡Presente!

ANIC.—Si me dais algo caliente, me siento con fuerzas para todo. ¿Qué es lo que hay que hacer?

MAGA.—Descuajar los montes, registrar las entrañas de la tierra y dominar los elementos.

ANIC.—¿Nada más? Vaya, pues que ustedes descansen.

MAGA.—¡Escucha!

ANIC.—¿Que no me tires de las orejas, caramba, qué tengo sabañones!

MAGA.—Tu misión es romper el encanto que aprisiona a una princesa y darla tu blanco mano.

ANIC.—¿Sabes lo que pienso?

MAGA.—¿Qué?

ANIC.—Que me han hecho daño los percebes que pensaba tomar antes de acostarme, y estoy soñando desatinos.

MAGA.—No sueñas, majadero; tú eres una víctima de un mago enemigo que te persigue para que no puedas redimir a la princesa y colocarla en su trono.

ANIC.—¿Tronos? ¿Princesas? ¡Vaya! Estos son los percebes.

MAGA.—Pero si te sientes con valor para luchar contra toda clase de sortilegios, el mago será vencido, y tú habitarás en alcázares de oro, vestirás de púrpura y tendrás a tu servicio centenares de esclavos.

ANIC.—¡Ya decía yo que no era natural aquel escarabajeo de la sangre!

MAGA.—¿Te decides ó no?

ANIC.—Sí; me decido por la púrpura.

MAGA.—Pues acércate al banco en que dormías y levanta la piedra.

ANIC.—¿La piedra? ¿Serenó

MAGA.—¿Qué haces?

ANIC.—Llamar al sereno que no estará tan débil.

MAGA.—Prueba he dicho.

ANIC.—Pues es verdad, ¡la manejo como una pluma!

MAGA.—¿Qué ves en el fondo?

ANIC.—Nada.



Amir, Sr. SOLER

La Maga, Srta. FERNANDEZ
FOTS. DE CALVET



SRTA. FELISA LAZARO, DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, EN «LA TEMPRANICA»

FOT. FRANZEN

Aniceto se convence pronto de la verdad de cuanto anuncia la *Maga* respecto al poder del panecillo porque se vé inmediatamente en un palacio fantástico; pero la alegría le dura poco, una torpeza suya le sume en las tinieblas. Entonces comienzan sus desdichas y termina la exposición en las dos escenas que á continuación reproducimos:

ESCENA IV

ANICETO MONSALVE. ASTOLFO, de familiar de la Inquisición.

ASTOLFO.—¿Quién grita? ¿Quién necesita auxilio?

ANICETO.—Aquí, guardia. Haga usted el favor de encender una cerilla.

AST.—¿Estáis herido?

ANIC.—¡Estáis! Estoy yo solo. ¡Calla! ¿Qué eserpento es este? ¿Con quién tengo el honor de hablar?

AST.—Con el alguacil mayor de la Santa Hermandad.

ANIC.—¿Cómo de la Santa Hermandad? ¿Es que va á seguir el pitorreo?

AST.—Y vos, ¿quién sois?

ANIC.—¿Yo? Un infeliz que ha perdido un panecillo. Haga usted el favor de alumbrar por aquí á ver si lo encuentro. Muchas gracias. ¿Usted sabe lo que es esto? Pues lo va usted á ver en seguida. ¡A ver! Vuélvame á mi palacio y sirvame un par de truchas escabechadas.

AST.—¿Qué disparates decís?



Pentapolín, Sr. MESEJO (J.)

ANIC.—Pues por lo visto sí que son disparates, porque este cacho de roscá no me hace caso. ¡Pronto! ¡Venga la Maga! Silencio también. Vaya, estoy perdido.

AST.—Hablemos claro, imbécil. Ese panecillo no te servirá para nada mientras esté yo delante.

ANIC.—¿No? ¿Por qué?

AST.—Porque yo no soy lo que parezco. Yo me llamo Astolfo de Calahorra, dueño y señor del trono de la India, mientras la princesa no logre romper el encanto; y aunque nada puedo contra ti directamente, haré que halles la muerte antes de conseguir tu objeto.

ANIC.—¡Ah! ¿De manera que tú eres el mago enemigo? Pues mira, todo puede arreglarse. Yo renuncio á la mano de la princesa, tú te sientas con ella en el trono y á mí me hacéis pinche de las reales cocinas. ¿Hace el trato?

AST.—¡Imbécil!

ANIC.—¡Ya me va cargando á mí la muletilla, hombre! No me vuelvas á saludar en tu vida.

AST.—¡Quieto! De aquí no sales.

ANIC.—No; si no me marchó. Voy aquí á un rinconcito á comerme el talismán, porque para lo que me sirve... Ya quisiera yo ver á los espíritus con un hombre de veinticuatro ho-



Papia Popea, Srta. MOREU

FOTOGRAFÍAS DE CALVET



César, Sr. MESEJO (E.)

ras lo menos y ¡un amuleto de esta clase en tu mano.

AST.—Pronto dejarás de sufrir, porque van á quitarte de enmedio. ¡Favor al Santo Oficio!

ANIC.—¡Atiza!

ESCENA V

DICHOS. CUATRO ALGUACILES.

Luego TRES JUECES. EL VERDUGO

AST.—Vigilad á este hombre y no le permitáis hacer el menor movimiento mientras el tribunal le interroga.

ANIC.—¡Ah! ¿Pero vamos á tener tribunal y todo?

AST.—¡Silencio!

ANIC.—¡Cristo! ¡qué caras!

JUEZ.—¿Cómo os llamáis?

ANIC.—Aniceto Monsalve Fuenlabrada.

JUEZ.—¿En qué os ocupáis?

ANIC.—Pues en las labores propias del sexo.

JUEZ.—¿Es cierto que tenéis tratos con el demonio?

ANIC.—¡Anda salero! con lo que salimos ahora. No tengo el honor de conocerlo.

JUEZ.—Sin embargo, se os acusa de que todos los sábados os untáis con manteca...

ANIC.—¡Ay, qué rica!

JUEZ.—¿Qué contestáis á eso?

ANIC.—Que no caerá esa breva. Y que usia me confunde con media tostada de abajo.

JUEZ.—Os untáis con manteca, montáis en una escoba y salís por la chimenea dando chillidos.

ANIC.—Naturalmente.

JUEZ.—¿Cómo!

ANIC.—Que también usia chillaría si la cabalgadura le hiciera daño en el hueso dulce.



Fátima, SRTA. BRÚ

JUEZ.—Y con todas las brujas y endemoniados os dedicáis al baile y al festín adorando al macho catrío.

ANIC.—Ha concluido usía?

JUEZ.—Sí. ¿Es eso cierto?

ANIC.—No señor. Hace mucho tiempo que no voy á reuniones cursis. No tengo ropa á propósto.

JUEZ.—Esas vestiduras estrambóticas con que os cubris, demuestran que tenéis pacto secreto con Satanás.

ANIC.—¡Anda! ¡Estrambóticos llama á un gabán del Rastro y á un sombrero de copa que ha sido de un diputado á Cortes!

JUEZ.—¿Confesáis ó no?

ANIC.—Pero ¿qué voy á confesar, hombre! ¡Pues no son ustedes poco cosas!

JUEZ.—Aplicadle el tormento.

ANIC.—¿Qué dice?

AST.—Nada: que te van á poner unas cuerdecitas en los dedos y van á apretar hasta que salga la sangre.

ANIC.—¡Eh, no! ¡Quietos! ¡Pues vaya unas bromas! ¡Alto! Sí; confieso que me han llevado las brujas... y que luego me han dejado en la estacada.

JUEZ.—Basta. Dejadle. Escribid. Condenamos á Aniceto Monsalve, por hereje y hechicero.

ANIC.—Gracias por el pipopo. Los hechiceros y los graciosos son ustedes.

JUEZ.—A la pena de muerte en la hoguera...

ANIC.—¡Hombre! ¡qué idea más feliz!

JUEZ.—Que se le aplicará para mayor gloria de Dios y esplendor del culto, en el auto que se ha de celebrar esta misma tarde.

ANIC.—¡Así! ¡Así! ¡Las cosas en caliente! Vayan ustedes con Dios y muchísimas gracias.

AST.—Llévadle al calabozo.

ANIC.—Sí, sí, llevadme. En cuanto me quede solo con el panecillo, ya os lo dirán de misas.

AST.—Yo te acompañaré en estos últimos momentos hasta que te consuman las llamas.

ANIC.—¡Ah! ¿no piensas separarte de mí? Pues no me da la gana jugar! Eso no vale.

AST.—Andando.

ANIC.—¡No empujar así, recontra!

AST.—¡Vaya! ¡Menos conversación y adelante!

ANIC.—A este Mago le voy á dar yo con el talismán en las narices.

En el cuadro siguiente, el pueblo de Madrid aguarda en la calle para presenciar el auto de fé en que *Monsalve* ha de ser quemado. La procesión cruza la escena, pero cuando *Aniceto*, con su sayo de llamas, está en el centro, ve que no le sigue *Astolfo*, hace uso del talismán y cae un rayo que disuelve la procesión y los grupos de espectadores, quedando solo *Aniceto*.

Nueva mutación y estamos en la casa del Cid. *Aniceto* llega en busca de un hombre esforzado y oye las cuitas de *Jimena* hasta que llega *Astolfo*, fingiendo ser el héroe, y vuelve á apoderarse de él, mandando que le hagan marchar sobre un



Tarfe, SR. SORIANO



La Princesa encantada, SRA. VIDAL

FOTOGRAFÍAS DE CALVET



Romano,
SR. MONTEAGUDO

corcel á la cabeza de las huestes castellanas que van á combatir á la morisma.

El cuadro sexto ocurre en el palacio de los emires de Córdoba. Allí el emir y los magnates «saludan cantando al día» hasta que llega *Fátima* y les cuenta sus cuitas. El emir quiere hacer un obsequio á la hermosa y la regala al propio *Aniceto*, que ha sido apresado por los agarenos.

Aniceto vése convertido en esclavo de la mora; pero, afortunadamente, *Astolfo* no está allí y el panecillo hace su efecto esclavizando á *Fátima*. ¡Lástima grande que el mago llegue á tiempo y la liberte hundiéndose en la tierra al ajetreado protagonista!

Aparece luego *Pentapolín* en su gruta. *Pentapolín* es un encantador á quien consultan los magos y allí viene la protectora de *Aniceto*, logrando saber que el panecillo, perdido en el cuadro anterior, está en Roma en un banquete con que César obsequia á sus amigos. Es de advertir, y *Pentapolín* se lo dice también



Ninetis, SRA. TORRIS



Jimena, SRA. PINO

FOTOGRAFÍAS DE CALVET

á la maga, que aquel panecillo tiene la virtud de ir rodando á través de los siglos, pero siempre hácia atrás.

Pentapolín aconseja á la maga que *Aniceto* asista al banquete y, en efecto, *Aniceto* asiste como cantor y he aquí cómo se presenta:

ESCENA XVI

MCNEALVE, NERÓN, FOMILLO, CAYO, NINETIS Y PAPIA

ANIC.—¡Santas y buenas!
 NERÓN.—¡Dioses inmortales, qué figura!
 ANIC.—Vaya, también aquí ha hecho efecto la ropita.
 POM.—Saluda á César.
 ANIC.—Ya, ya supongo que tengo que presentarme al amo de la casa. Es aquél, ¿verdad?
 POM.—El mismo.
 ANIC.—¡Hola! señor Nerón, usted sin novedad, ¿eh?
 ¿Aquí la señora buena?
 CAYO.—No te acerques á Augusta, ¡bárbaro!
 ANIC.—¡Ah! ¿esa jóven se llama Augusta?
 CAYO.—Sí.
 ANIC.—Pues yo no me llamo bárbaro. El bárbaro lo serás tú.
 CAYO.—Yo me llamo Bruto.
 ANIC.—Lo mismo da.
 NERÓN.—Vé á ocupar tu sitio en la mesa.
 ANIC.—¡Gracias á Dios, que voy á comer de firme!

NERÓN.—¡Sulpicio! no sirváis manjares al nuevo convidado.

ANIC.—¡Ah! ¿no? ¡Tampoco aquí.

NERÓN.—Servidle vinos nada más.

ANIC.—¡Vaya, del mal el menos! Lo peor es que así no voy á poder echar la zarpa al panecillo.

NIX.—No vuelvas á acercarte al Emperador, que te cegará con el brillo de su gloria.

ANIC.—Hombre, qué monada de niña! ¿Eres doncella de la casa?

NIX.—Soy esclava y me llamo Ninctis.

ANIC.—Pues son dos desgracias. Yo tengo un nombre parecido; me llamo Aniceto, ¿sabes?

NIX.—¿Eres de Macedonia, de Numidia ó de Persia?

ANIC.—De ninguna de las tres partes.

NIX.—Entonces eres de Lydia.

ANIC.—No, hija, no; desecho de tonta y cerrado. Lléname la copa.

NIX.—¿Te gusta el vino de Cápua?

ANIC.—¡Ah! ¿es de Cápua? Pues sí; me gusta el vino y me gusta la escanciadora.

NIX.—¿Te gusto de veras?

ANIC.—Más que el Emperador.

NIX.—¡Silencio! Cuando todos estéis borrachos, vendré á sentarme en tus rodillas.

ANIC.—¡Atiza! Bien decía el Tenorio:

«Las costumbres licenciosas, yo gallardo y calavera»...

PAPIA.—Cantor extranjero.

POM.—Contigo habla Popea.

ANIC.—¡Anda! ¡ahora se llama Popea y yo soy cantor! ¡Esta gente está loca! ¿Qué hay?

PAPIA.—¿Has remojado la garganta?



Matronas,

SRTAS. BRÚ Y GARCÍA

ANIC.—Estoy en ello.

PAPIA.—César está dispuesto á comparar su voz con la tuya.

ANIC.—¡Caramba! ¡Cuánto honor! ¡Mi voz es muy poquita cosa!

NERÓN.—¿Pues no eres el asombro de Grecia?

ANIC.—¡Cá, hombre! Ni siquiera de Villanueva del Arzobispo, donde tienen ustedes su casa.

POM.—Canta cualquier cosa ó si no tu vida corre peligro. He dicho que tenías una voz divina, para que te dejaran entrar aquí.

ANIC.—Pues la has metido, Popea.

POM.—Me llamo Pompilio Aulo.

ANIC.—¡Chócala, Aulo! (A este romano me parece que le he visto yo en la Ronda de Atocha.)

NERÓN.—Esclavos: preparad cítaras, flautas, laudes y sistros. ¡César va á cantar!

Todos.—¡Salve! ¡Salve!

ANIC.—¿Salve? ¡Para mí podéis rezar el Credo! Gracias á que todos estamos un poco mal de la cabeza.

NERÓN.—Senadores, cónsules, centuriones, vestales, tribunos, vosotros juzgaréis.

ANIC.—¡No, no! Eso no vale! Van á decir que canto yo peor, porque tú eres el que convida.

NERÓN.—Empecemos. ¿Sabes el himno á Júpiter?

ANIC.—No; pero lo iré aprendiendo.

César y Aniceto cantan el himno á Júpiter, con coplas de actualidad para mayor escarnio, y después, prévia una especie de plebiscito, César, declarado vencedor, condena al infeliz Monsalve á ser devorado en el circo por un tigre de Numidia.

Otra mutación nos conduce á una galería de paso entre el anfiteatro y el aposento de los gladiadores. Allí Aniceto, que ha recobrado su panecillo, hace venir á la maga y sabe por ella que el tigre es precisamente el mago Astolfo y que el encantamiento quedará roto y la princesa desencantada apenas la fiera haya comido el misterioso talismán.

El último cuadro ocurre en el anfiteatro del circo romano. César, Ponea y sus convidados presenciaban la fiesta. Ante ellos cantan un coro los gladiadores, entre los que viene Aniceto con media coraza y casco.

Principia luego la fiesta, el tigre traga el panecillo y muere lanzando rugidos de dolor mientras el coro canta un himno en honor de la princesa desencantada.



Aldianas, SRTAS. CANELLER Y SANCHEZ



Astolfo, SR. RAMIRO

FOTOGRAFÍAS DE CALVET

